

DESCRIPCION DE COLOMBIA

Por: MANUEL JOSE FORERO.

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 63 - 64, Volumen XVII
Tercer y Cuarto Trimestres de 1959*

NORTE DE SANTANDER - CORDILLERA ORIENTAL

Creación del Departamento como entidad administrativa.

Dada la circunstancia de que la nación colombiana, por medio de sus legisladores, consideró conveniente para la vida administrativa del territorio de Santander dividirlo en dos secciones políticas, entremos a hablar a propósito de las regiones conocidas con el nombre de Norte de Santander.

Las necesidades públicas llevaron a los miembros de la Asamblea Nacional reunida en el año de 1910 a la determinación mencionada.

De esta suerte, la primitiva provincia de Pamplona pasó a formar un Departamento; sobre lo cual ha de tenerse en cuenta que la parte sur continuó llevando, sin restricción alguna, el nombre de Departamento de Santander.

Ya hemos hablado de Bucaramanga, estimada como la más importante de sus ciudades, y nos hemos referido a sus industrias y faenas comerciales. Continuemos, pues, apegados a las regiones de la cordillera oriental para conocer las poblaciones vinculadas a ella, y los elementos de vida que la naturaleza puso al alcance de sus hombres más esforzados y diligentes.

Al sur de la antigua ciudad de Pamplona se levanta con caracteres geológicos bien definidos el Nudo de Santurbán. La cordillera se divide allí en dos brazos potentes. Uno de ellos se dirige al territorio de Venezuela, vecina geográfica y moral de Colombia en el norte.

La parte cordillerana vinculada al Norte de Santander ha ofrecido a los pobladores antiguos y recientes de la tierra dicha, lugares adecuados para la subsistencia y el progreso. Numerosos poblados aldeanos y múltiples ciudades de afanoso adelanto encuentra quien recorre con paso minucioso la comarca. En la parte sur del Departamento sigue la ciudad de Pamplona acrecentando sus títulos a la consideración nacional, hartamente apreciables ya a través del pasado colonial y republicano del siglo diez y nueve. Y al lado de Pamplona son visibles -dentro de un radio supuesto para una gran mirada de nuestros ojos- Cácuta, Silos y Chitagá, Mutiscua, Pamplonita y Bochalema, Chinácota, Herrán, Toledo y Labateca.

Al occidente de la ciudad de Cúcuta, más exactamente llamada San José de Cúcuta, las poblaciones mayores y menores de San Cayetano y Santiago, Gramalote y Lourdes determinan la presencia de gentes laboriosas en extremo y bien templadas para la rigidez del clima y de la topografía. Cúcuta se halla a una altura de 215 metros sobre el nivel marino, lo cual nos exime de insistir acerca de las condiciones de vigor necesarias para desarrollar el esfuerzo diario y para crear una economía cada vez más potente. Por lo mismo, las posibilidades cálidas se encuentran a su alcance y definen su bienestar.

Al noroeste del Departamento se hallan las ciudades de Ocaña y Teorama, Convención y El Carmen; la primera de ellas -Ocaña- mantiene el sello del pasado español, y constituye el punto obligado de referencia de cuantos estudiosos se acercan a la comarca.

El Norte de Santander, geográficamente hablando, contiene cinco valles longitudinales en donde la actividad humana puede ser desarrollada mediante grande esfuerzo y constante laboriosidad. No presenta riquezas inmediatas ni ofrece con generosidad frutos numerosos; pero agradece la vitalidad que se le prodiga por campesinos fuertes y da cuanto puede dar una tierra abierta a la resistencia física y a la entereza de ánimo.

Los ríos Algodonal y Sardinata, Zulia, Presidente y Tarra, son elementos vivos de que se vale la cordillera oriental colombiana para hacer posible la subsistencia de los habitantes. Quebradas múltiples ayudan con su pequeño aporte a la satisfacción de las necesidades de la población esparcida a lo largo de los valles dificultosos.

"El Nudo de Santurbán -escribió el General Francisco Javier Vergara y Velasco en la página 153 de su *Nueva Geografía de Colombia*- no es sino el vértice occidental del Pilar de Labateca". Tiene mucho significado este nudo en la geografía particular de que tratamos, puesto que su presencia en la cordillera oriental y su figura determinan los rumbos de corrientes de agua vinculadas al río Sarare y a los torrentes que van a Venezuela.

"Hacia el norte del Pilar (de Labateca) las tierras descienden sobre la hoya del Zulia, forman los valles de Cúcuta, guardan la *vaguada o thalweg* de Táchira en la *frontera*, y se pierden en la misma llanura en que lo hacen los estribos orientales de la mesa de Ocaña.

"La alta cuenca montañosa denominada en la geografía del norte de Colombia *Pilar de Labateca* es la culminación de una serie no interrumpida e imposible de contar de aristas bravas cuya fisonomía común otorga una severidad y fiereza de grandes proporciones al paisaje santandereano. En el fondo del Pilar de Labateca, a pesar de su escasa altitud, la temperatura media sólo llega a 17 grados, debido a los yertos páramos que la envuelven: en la *hoz de Margua* el choque de los vientos produce violentos temporales que duran hasta seis días; y en la Mesa de *Juan Rodríguez* el páramo de ordinario está envuelto por densa niebla o batido por recios aguaceros".

El Pilar de Labateca se halla colocado entre la región del Zulia, el Lebrija, el Chicamocha y los llanos de Casanare, según manifiesta el laborioso geógrafo. De su cuenca procede el amplio río *Sarare*, esencialísimo dentro de la topografía de la comarca a que estamos refiriéndonos.

El Sarare es uno de los torrentes que atraviesan la selva infinita denominada en los tiempos antiguos *Montaña Grande*. Al lado de tan vasta corriente buscan salida al mar los ríos Cravo Norte, Ele, Lipa, Nula y Arauquita, funestos para el llanero en los días interminables del invierno oriental de Colombia, o propicios para su movimiento en tiempos apacibles y sosegados.

Algunas apreciaciones del Sabio Caldas.

Parece oportuno oír al sabio Francisco José de Caldas en sus observaciones acerca de la naturaleza y vegetación de los Andes: "Si los hombres son diferentes, la vegetación de nuestros Andes parece que toca en los extremos. En el corto espacio de veinte leguas halla el botánico observador plantas análogas a las de la Siberia, plantas semejantes a las de los Alpes, la vegetación de Bengala, y la de Tartaria septentrional. Basta descender cinco mil varas para pasar de los musgos del polo a las selvas del ecuador. Dos pulgadas de más en el barómetro hacen mudar de faz el imperio de Flora.

"Los bálsamos, las resinas, los aromas, los venenos, los antídotos, todas las cualidades enérgicas están en la base de nuestra soberbia cordillera. Los cereales, las hortalizas, los pastos, las propiedades benignas están sobre sus faldas. En las simas se han refugiado las gramíneas, los musgos y la mayor parte de las criptógamas. Aquí se vuelven a hallar cualidades enérgicas en algunas plantas. Los extremos, ya lo hemos dicho, se tocan.

"La altura de los árboles crece en razón inversa de la elevación del suelo en que nacen. En las costas son colosales, y los diámetros enormes: los troncos derechos, perpendiculares, y dejando entre sí grandes espacios vacíos.

"Los árboles de la parte alta de la cordillera son unos pigmeos comparados con los de la base. Estos suben a cuarenta, a cincuenta, y frecuentemente a sesenta varas de altura: aquéllos no se elevan sino a diez, a quince, o cuando más a veinte. Sus raíces profundizan, y resisten a la impetuosidad de los vientos que reinan en estos lugares elevados. Sus troncos son aproximados, tortuosos y vestidos enteramente de musgo.

"En las costas las lianas abundan en extremo. Maromas, cables semejantes a los de un grueso navío, bajan y suben, unas veces perpendiculares, otras envolviéndose espiralmente alrededor de los troncos. Aquí forman bóvedas, allí techos que no pueden penetrar los ardientes rayos del sol. Las palmeras, estos orgullosos individuos de las selvas inflamadas, levantan a los aires sus copas majestuosas y descuellan sobre cuanto las rodea. Pocos musgos revisten los troncos. Las raíces someras se extienden horizontalmente a distancias prodigiosas.

"Un huracán, una ráfaga de viento arranca con facilidad estas masas inmensas que parecía desafiaban a todas las convulsiones y a la duración misma de los siglos. En su ruina envuelven a todo cuanto existe en su vecindad. Hombres, animales, plantas, todo queda oprimido bajo su mole.

"El silencio augusto que reina en estas soledades en medio de la noche, se interrumpe con frecuencia con el ruido espantoso que causa su caída. No es el diente, no las garras del tigre, no el veneno mortal de las serpientes lo que más se teme en el fondo de estas selvas.

"Los vientos, las dislocaciones del aire ponen pálido al viajero y le sacan de su lecho. ¡Cuántas veces turbó mi reposo -dice Caldas- una aura ligera seguida de un crujido! A cada paso hemos hallado espacios de ciento, de doscientas varas cubiertas de palizadas provenientes de la ruina de un árbol que desplomaron los años y los vientos.

"En la parte alta de la cordillera las plantas volubles son infinitamente en menor número. Aquí abundan los *pothos*, las *tillandsias*, y demás parásitas. Una sola palmera elevada, otras enanas, conservan en las alturas la forma de estos vegetales que parecen prodigados en las llanuras calurosas. En fin, si pierden en majestad las selvas elevadas de los Andes, adquieren en recompensa contraste, belleza y no sé qué de chocante que nos arrebatara.

"Cuando atravesamos un bosque hallamos al lado del roble colosal el musgo humilde: la palmera erguida, que ha sustentado muchas generaciones, tiene cerca de sí al lirio efímero; unas se arrastran sobre la tierra, otras se elevan a los cielos. Sobre el cuerpo inmenso del robusto *caracoli* dan cien giros espirales la banistería y el convólculo que, entrelazándose de todos modos, forman caprichos y festones en que brilla el oro al lado de la púrpura. El toluifera aromático se halla asociado al más venenoso manzanilla, y la quina, el árbol de la vida, la más preciosa producción del reino vegetal, mezclada confusamente con la apacua y con la ortiga.

"Más allá aparece el lisiante humilde, de cuyos ramos pende y flota en el aire el salvaje ramo que, imitando la forma de una cabellera encanecida, imprime al gigante de los bosques el carácter de la venerable ancianidad.

"El loranto y las orquídeas, desdeñándose de tomar su jugo de la tierra, han fijado su residencia sobre la copa de los grandes árboles. Por todas partes vemos el cardo y el tomillo, los aromas mezclados con las exhalaciones mortales, el antídoto con el veneno, lo grande y lo pequeño, lo bello y lo horroroso, lo estéril y lo fecundo, la dilatada duración y los momentos veloces".

En presencia de los nudos mayores de la Cordillera de los Andes el ánimo se sobrecoge, pues comprende la inmensidad de la mole puesta por la naturaleza en regiones americanas, que sin ella resultarían planicies de tan dificultosa contextura como las que tantas veces halla el viajero en su camino. Las montañas jamás interrumpidas que caracterizan el paisaje de muchos lugares de Colombia y de los países circundantes pueden ser objeto de un estudio tan dilatado como su superficie y tan cuantioso como las riquezas minerales que guardan. Lo que hemos dicho acerca del nudo de Santurbán, colocado en las regiones del norte de Colombia, habrá de ser dicho cada vez que sea considerada por los estudiosos la potencialidad física del macizo andino del sur del territorio.

Las comarcas del norte de Colombia guardan, como testimonio de los años antiguos, algunas poblaciones a que hemos de referirnos con mayor precisión ahora.

Nacimiento de algunas ciudades.

Pamplona viene de 1548, Salazar de las Palmas de 1553, Ocaña de 1572. Cúcuta registra su nacimiento en 1733, Rosario en 1734, Bochalema en 1759. En realidad no es preciso inquirir la fe de bautismo de otras poblaciones, pues bastan a acreditadas más bien la exactitud de sus costumbres, el fervor republicano de sus empeños. Chinácota y Arboledas, Villacaro y Chitagá, Gramalote y San Calixto, Sardinata y Ábrego. El Carmen y Convención, Santiago y Cucutilla, Mutiscua y Hacarí, Pamplonita y Herrán, La Playa y Cáchira son otros tantos lugares demostrativos del tesón de los santandereanos del norte. Supongámosles menos apegados a estas vertientes calurosas y presenciaremos el derrumbe de sus alquerías y sembrados; pues no es explicable de otro modo la prosperidad de regiones donde cada planta es un esfuerzo y cada caserío el resumen de muchas y largas fatigas silenciosas.

La altura de algunas ciudades y aldeas nos ofrece motivos de reflexión adecuados: Cúcuta -ya lo dijimos- demora a 215 metros, Chinácota se halla a 1.330, Cácuta a 2.465, Chitagá a 2.410, Silos a 2.761, Salazar a 870, Ocaña a 1.200, Pamplona a 2.340, Rosario a 348, El Carmen a 761. La variedad de estas latitudes permite, aun a quienes no conozcan un palmo del Norte de Santander, precisar las circunstancias campesinas y urbanas en sus distritos mayores y a lo largo de sus hondonadas y riscos.

Dentro del frío propio de su altitud se encuentra, según lo expuesto, Pamplona; dentro de la temperatura media, El Carmen; en contacto inmediato con las tierras más cálidas de Colombia y Venezuela el importante y populoso núcleo llamado San José de Cúcuta.

San José de Cúcuta.

Que fue acertada la fundación de un caserío en el sitio que transitoriamente fue llamado San José de Guasimal y luego San José de Cúcuta lo demuestra el desarrollo de su estructura y el logro del título de Villa. La historia hace partir de 1733 su existencia, lo cual nos permite decir que Cúcuta es una de las ciudades del país derivada de la colonización granadina propiamente dicha y no de la voluntad conquistadora.

Quienes determinaron por una de tantas circunstancias de la vida humana en todos los tiempos y lugares establecerse en tierras del norte de Colombia (como en el caso de Cúcuta), obedecieron a la conveniencia geográfica y al llamamiento del ambiente físico. No entró propósito diferente en sus planes ni intervino fuerza de naturaleza distinta.

El llano arenoso colocado en la orilla izquierda del río Pamplonita, a 215 metros de altitud, no pasó desapercibido para los expansivos cultivadores, a quienes era familiar desde sus remotos orígenes el medio cálido que caracteriza a la región contigua a Venezuela en la vertiente dicha de la cordillera oriental. Fue propicio a sus faenas el suelo de la comarca, aunque el urbano en sí mismo apenas pudiese hacer otra cosa que cimentar sus casas rústicas de entonces.

Palabras del geógrafo Vergara y Velasco.

En 1901 escribió acerca de la región el ilustrado geógrafo don Francisco Javier Vergara y Velasco: "En los llanos del contorno, poco fértiles, abundan las fuentes termales, lo mismo que en los pedregosos y desnudos cerros que se alzan al sur como remates del ramal de Tasajera". El territorio de Cúcuta y Ocaña forma parte de una cuenca de considerables dimensiones en la cual se halla contenido el lago venezolano de Maracaibo. Los torrentes del Catatumbo, del Zulia, del Santa Rosa y del Santa Ana forman parte de la numerosa aportación fluvial desenvuelta por la naturaleza entre Colombia y Venezuela, para alimento del mencionado lago.

El geógrafo Vergara anotó en su libro la presencia de frondosos árboles en la planicie de Cúcuta, adecuados para proteger el poblado de la violencia de los huracanes y de la reverberación del suelo. Por su parte, el autor de la *Peregrinación de Alpha* escribió en 1850 Y 1851: Las gentes aclimatadas "de la Villa han tenido el buen juicio de conservar en las plazuelas y patios frondosos cujíes y *mamones* gigantescos, cuyo benéfico ramaje resguarda las casas del ímpetu de los vientos, mitiga los ardores del sol e impide la reverberación del suelo, que sin aquella sombra estaría convertido en arenal insufrible, pues la formación de los valles se debe al acarreo fluvial, y las planicies septentrionales (cubiertas de selvas que hacen horizonte mirándolas desde el cerro de Tasajera) estuvieron dominadas por un mar dulce, ahora reducido al lago de Maracaibo".

Intencionadamente hemos notado en primer término la observación de Vergara en 1901 y la de Ancízar, hecha en 1851, en segundo lugar.

Es evidente que los grandes caracteres geográficos no pueden ser modificados por el poblador de la tierra, por adversos que resulten en cuanto a su mantenimiento y progreso; pero no es menos cierto que hombres cultos y previsores, atentos a las condiciones vegetales favorables, pueden beneficiar en vasta proporción con ellas el panorama físico dañino o peligroso. Los cucuteños de 1901 fueron herederos de las modificaciones introducidas por quienes les precedieron en el dominio del suelo; y,

a su turno, los habitantes de la región en los días de Ancízar recibieron sin duda alguna el legado de previsivos aldeanos y de inteligentes colonos.

Proteger el árbol, no destruir la maleza proporcionada, favorecer el crecimiento de yerba generosa, acciones son posibles en el tiempo presente y laudables para el futuro.

La población humana.

Importa mucho conocer lo que fue en sus condiciones generales la población cucuteña de hace un siglo: "El tipo masculino de los *blancos* -según Ancízar- es el joven voluble, vestido a la ligera con chupetín o chaqueta de lienzo y casaca los domingos, dedicado al comercio, atento, despejado, bailador y poco instruido, salvo en requiebros y galanteos; el femenino es la damita de proporciones delgadas, aspecto débil, modales pulcros, talle flexible y profusa cabellera, en el vestir muy aseada y elegante, siguiendo las modas francesas; en el trato lleno de amabilidad e ingenio, sobremanera sociable y cariñosa pero siempre recatada.

La música y el baile son su vocación, y rara es la casa donde al caer la noche no suene un piano con las marcadas cadencias del valse, o una arpa maracaibera, o por ventura dos voces de timbre juvenil unidas para cantar trovas de amor".

Tocante al segundo grupo de la población dice: "En los mestizos se manifiesta el tipo local, completamente criollo desde el traje hasta el alma; los hombres de mediana estatura, sueltos y ágiles, vistiendo pantalón de dril y camisa blanca, sombrero de *nacuma* excesivamente pequeño, y nada de ruana; zapateadores, tipleros y enamorados, un tanto afectos a la botella y al juego, pero trabajadores y de índole buena, sin modales ni lenguaje descompuestos, como los del boga que tripula los bongos en el Zulia; las mujeres pequeñas, sabiendo que son bonitas y procurando lucir y ejercitar este don de gentes; el cuerpo bien repartido, limpio y ondulante, alegres y listas para cualquier lance y respuesta ... "

Fue Cúcuta punto de atracción para extranjeros progresistas y diligentes, poco después de empezada la segunda mitad del siglo diez y nueve, y con posterioridad al terremoto que destruyó la ciudad en mayo de 1875. Dicho factor humano, inexistente en las épocas anteriores, ha determinado avances de relieve en la vida ciudadana.

El terremoto de Cúcuta.

Hemos enunciado el terremoto de 1875, desatado como una tempestad de potencia increíble sobre la villa amable donde apenas había lugar para el trabajo diario y espacio breve para la ocurrencia de sucesos tranquilos. Contaba entonces la ciudad 52 manzanas, edificadas con generosidad en circunstancias tales que permitiesen mantener dentro del dominio doméstico la huerta indispensable y el corral bullicioso. Dos y medio kilómetros cuadrados sustentaban el caserío cuyas cualidades de distinción, laboriosidad y adelanto fueron proverbiales para los habitantes del Norte en aquella época.

No resulta fácil precisar cada una de las circunstancias urbanas anteriores al terremoto, si bien informaciones dignas de crédito ofrecen recursos a la pluma de quien hoy se ocupe de las tradiciones de San José de Cúcuta. El templo principal y otros dos menores constituían el centro de la vida espiritual, en tanto que la plaza mayor y las plazuelas ocasionalmente abiertas favorecían el amplio y el pequeño comercio. De éste eran rectores los dueños de plantaciones de cacao y café, de quina y caña de azúcar, esparcidas en la comarca diligente.

Las caravanas de gente venezolana y colombiana cruzaban saludos en todos los caminos, pues mientras aquéllas acarreaban productos originados en Maracaibo, el Táchira y San Cristóbal, éstos conducían tejidos del Socorro, dulces secos de Mogotes y Vélez, y crecidísima cantidad de sombreros en cuya hechura demostraban excepcional habilidad las mujeres del Norte. Cada familia cucuteña o chinacotense, y cada hogar erigido a orillas del Pamplonita, del Salazar o del Peralonso, era foco de industria. Esta, a su turno, era objeto de atención urgida por los centenares de comerciantes de primera o segunda importancia que dirigían los pasos de sus cabalgaduras en los llanos escasos y en las laderas pedregosas.

En las regiones bajas de la cordillera oriental, vecinas a la república de Venezuela, se halla Cúcuta. Ella fue la víctima indefensa del terremoto ocurrido el 18 de mayo de 1875, a las once y cuarto de la mañana.

Sin que fenómeno alguno anunciase a los pobladores apacibles la inminencia de la catástrofe, y sin que inquietud de ninguna naturaleza manifestase el horror venidero, profundos ruidos subterráneos inquietaron de manera súbita a cuantos se hallaban bajo la techumbre de sus casas o en el campo abierto, en medio del arenoso llano.

Sin duda alguna, muchas personas comprendieron la amenaza y con la turbación primera se pusieron en salvo, al percibir la trepidación inicial. Otras apenas se dieron cuenta del riesgo cuando ya era de todo punto imposible ganar la salida de sus habitaciones o el anchuroso portón de sus casas.

Construidas éstas de materiales deleznales, según la tradicional arquitectura de las tierras calientes colombianas, y de ningún modo hechas para soportar un azote de dimensiones tan vastas, vinieron a tierra con pavoroso estrépito, mientras el polvo asfixiante se dilataba en el recinto urbano como testimonio visible del sacudimiento de las grandes masas agitadas en el interior de la tierra.

Refiere uno de los sobrevivientes que así los movimientos de trepidación como los de oscilación se verificaron en corto número de minutos, lo cual demuestra la potencialidad destructora del fenómeno oculto en las entrañas de la cordillera. Pero las palabras de dicho testigo hacen notar que durante el 18 de mayo, y en algunos días siguientes, las sacudidas apenas tuvieron interrupción.

Dice don Julio Pérez: "Viese a las cordilleras que circundan los valles de Cúcuta bambolear; y la tierra, que ondulaba cual las aguas del mar, se abría en grietas espantosas que tenían una misma dirección, de oriente a occidente".

El estrépito de los derrumbes, el crujir de los maderos, los gritos de espanto, los ayes de dolor lanzados por las víctimas caídas bajo lienzos de pared, todo formaba un clamor de proporciones aterradoras. Hubiera bastado el espectáculo que presenciaban los ojos para colmar de espanto a quienes lograron escapar con vida; pero a él agregaron el confuso rumor de las lamentaciones imposibles de ser atendidas y de los gemidos que nadie procuraba siquiera consolar.

La ciudad laboriosa quedó sumida de pronto en la desolación irreparable, y los habitantes tranquilos y buenos se hallaron sumergidos en el vórtice del espanto. Más veloces las fuerzas subterráneas que el pensamiento de quienes padecieron en el estrago devastador, entregaron a la calma de la muerte a innumerables hijos de Cúcuta, sin que hubiesen podido éstos siquiera reflexionar sobre el cataclismo, ni abrir sus labios para elevar una plegaria.

Un viento impetuoso acudió a barrer la nube espesa que hubiera podido asfixiar a los heridos y hecho sucumbir a los ilesos. Afortunada fue dicha circunstancia, pues -además- hizo posible que los sobrevivientes corriesen a liberar a quienes respiraban todavía.

Agrega el narrador: "Despejado el horizonte pudimos darnos cuenta de la magnitud del suceso. ¡Qué horror! Ni un solo edificio, ni siquiera una pared en pie se percibía en la extensión abarcada por la vista ... Un momento después, y perdidas las nociones de distancia y tiempo, vimos salir de entre las ruinas a algunos de los que eran nuestros vecinos, sin podernos reconocer recíprocamente pues el polvo que nos cubría y la expresión de terror nos tenían desfigurados. Nos creíamos mutuamente muertos que surgían de sus tumbas!"

Cuatrocientos sesenta y un cadáveres fueron rescatados, pero resulta lícito pensar que en lugares distantes del poblado, a donde no alcanzó el socorro sino apenas la intensidad del terremoto, otras víctimas quedaron atrapadas. El caserío recibió el golpe impetuoso, pero desde luego numerosos puntos de la región fueron azotados, aún a largas distancias.

El ilustre geógrafo don Manuel Ancízar conoció a Cúcuta en su viaje célebre de 1850 y 1851. Por él se conocen algunos detalles encantadores de la ciudad, y mediante sus informaciones puede uno darse cuenta de los progresos alcanzados por quienes en ella erigieron sus casas y dieron tibia a sus hogares. El comercio activo y la industria incesante habían hecho de la Villa, para 1875, el mayor de los núcleos santandereanos en las estribaciones de la cordillera oriental hacia el norte.

Naturaleza de la región.

El expedicionario registró en su libreta la existencia de algunos manantiales de agua ferruginosa, de 47 grados. Otras observaciones le mostraron pruebas de la actividad interna correspondiente a las entrañas del suelo indiferente y pasivo. De aquel suelo que arruinó en pocos minutos una de las ciudades mejores del norte de Colombia.

"Bajo un cielo puro y radiante se tiende la ciudad sobre la alfombra de una fértil vega, señoreando un rico y bien regado valle donde gallardean las palmeras; donde el 'hurapo' cuajado de flores hasta su más alta cimera, pone sobre el paisaje un toque de real magnificencia; donde la acacia, con su esplendorosa floración de vivo carmesí, parece despedir lumbres de incendio; y donde extensos cañaverales, dehesas y labranzas de frutos varios embelesan la vista con su amena combinación de tonos y matices de verdura".

Bajo el palio protector de las ceibas medran los plantíos de cacao, a cuya sombra se oye el agua susurrando en los arroyos y canales que distribuyen al pie de los tallos el suave frescor del riego. Lástima que el beneficio de la preciosa almendra haya venido a menos, bien sea por haber sido

sustituida por más fáciles y rápidos cultivos, o bien porque, según ya lo apuntaba a mediados del pasado siglo el autor de la *Peregrinación de Alpha* cuando visitó aquellos lugares, "la tierra fatigada con una sola especie de cultivo negó a los árboles el jugo necesario y la mancha destruyó toda aquella comarca".

La exquisita calidad del "teobroma" cucuteño, émulo del afamado de Girón, se exhalaba en las mesas de virreyes, arzobispos y oidores; y ricos cargamentos del apetecido fruto bajaban por el Zulia con rumbo a Maracaibo para ser luego conducidos a los puertos de España o al de Veracruz, en Méjico.

Ciñe la ciudad por el oriente el río Pamplonita, que apresuradamente corre a fundir cerca de allí sus aguas en simbólico y hermanable abrazo con el Táchira; mientras al lado opuesto, trasponiendo las colinas, arrastra el Zulia su copiosa corriente, ~ la cual rinde la suya el Peralonso, para constituir luego, todos Juntos, la importante vía fluvial que por más de tres siglos ha sido vehículo de incalculables frutos y riquezas y que a su vez tributa, allá lejos, el vasallaje de sus aguas al majestuoso Catatumbo.

A los ligeros rasgos con que hemos querido dar idea del encanto natural de la región donde se asienta la ciudad fundada por doña Juana Ranjel de Cuéllar, viene bien añadir la evocación de un magnífico espectáculo, peculiar del vasto horizonte que se dilata al septentrión de Cúcuta, y frecuente en las cálidas noches de verano, sobre el cual más de una vez ha recaído la observación de exploradores y viajeros.

Una nube se levanta oscura, avasalladora, imponente, allá en remota lejanía, siempre al norte, sobre la inmensurable extensión de selvas que sirven de impenetrable manto al Catatumbo. Algunos débiles resplandores lucen fugaces al principio, presagiando la tempestad y anunciando que la inmensa mole está preñada de electricidad. Poco tarda, efectivamente, en manifestarse, soberbio y grandioso, el espectáculo.

Rayos a centenas, a millares, en incesante sucesión, van rasgando en direcciones varias el seno del ingente cúmulo de nubes. A menudo se les ve bifurcarse, multiplicarse en ramificaciones caprichosas.

El relampaguear es tan constante que más parece a veces un parpadeo luminoso, un titilar de vívidos fulgores. Tal debió ser el Sinaí cuando el dedo de Dios escribió con centellas fulgurantes los eternos preceptos del decálogo que hoy va la humanidad olvidando.

Horrisono ha de ser sin duda el retumbo inacabable del trueno en aquellas vastas soledades, donde el oscuro mar de los bosques se confunde con el cielo; mas la distancia es tanta que apenas sí llega a oírse un sordo fragor, cual eco apagado de gigantesca lucha.

La frecuencia del fenómeno, su visibilidad por tierra y mar en extensísimo radio, su fijeza geográfica, fueron parte a que los marinos que antaño cruzaban el Caribe apellidasen aquello "el Faro del Catatumbo", que les servía, según es fama, para seguir la ruta en las tinieblas de la noche.

Enaltecen a la comarca cucuteña, cual preciadas joyas muchos gloriosos recuerdos. La guerra magna dejó allí vestigios de acciones memorables, huellas de próceres y mártires egregios. Una columna señala en el recuesto de la colina que cerca por el oriente la ciudad, el lugar donde Bolívar, trayendo aún frescos los laureles de Tenerife, obtuvo en 1813 sobre las fuerzas del español Correa la brillante victoria que no sólo ganó para el ejército libertador toda aquella región sino que permitió al Héroe poner desde allí en juego su potente actividad para emprender en seguida la asombrosa campaña de Venezuela.

El Libertador en el Norte de la Nueva Granada.

En la incipiente Cúcuta recibió Bolívar como precioso aporte de valor inestimable para la magna lucha, aquella brillante pléyade de jóvenes granadinos que desde Bogotá acudieron a reunírsele y cuyos solos nombres bastan para despertar emociones de grandeza: Antonio Ricaurte, Atanasio Girardot, predestinados a la gloria; Francisco de Paula Vélez, Luciano D'Elhúyar, Manuel y Antonio París, José María Ortega y otros que habían de inmortalizarse con hazañosas acciones.

Aquel valle guarda reverente el sitio de la casa, desgraciadamente destruida por el terremoto de 1875, en que vio la luz el doctor Frutos Joaquín de Caviedes, que firmó el acta de independencia del 20 de julio de 1810, y cuya meritísima vida troncó en Casanare la cuchilla del terror; el ilustre estadista, doctor Francisco Soto, que formó parte de aquel heroico grupo de jóvenes que refugiados en el Llano cuando toda esperanza parecía muerta, mantuvieron vivo el germen de la libertad y prepararon el gran día de Boyacá; el general Pedro Fortoul, tan versado en rudas campañas como en hondos infortunios; los hermanos Almeidas, cuyos actos de valor y audacia hicieron famosa la guerrilla a que aquellos dos patriotas dieron nombre.

Recuerdos ilustres de Cúcuta.

Guarda también la ciudad la sangrienta huella de un martirio glorioso, el de la heroína doña Mercedes Ábrego, cuya efigie ha perpetuado el bronce en la plaza consagrada a su memoria. Y allá, a orillas del Táchira, en el espléndido valle del Rosario, la mirada se detiene con religiosa unción en los restos del histórico templo, no perdonado tampoco por la catástrofe devastadora, en el cual se reunió el memorable congreso de 1821, senado de patricios en que resonó, férvida y sincera, la elocuencia de los constituyentes de la Gran Colombia.

La evocación de Cúcuta, hecha en términos filiales por Emilio Ferrero, resulta digna de la ciudad del norte. Una vez apreciada en espléndidos conceptos su visión espiritual de aquellos jirones de la tierra colombiana, conviene agregar algunos datos de actualidad a propósito de sus adquisiciones modernas.

Una columna conmemorativa de la batalla de Cúcuta en 1813 recuerda un instante de la participación colombiana en las hazañas republicanas de entonces.

La modesta pilastra no tiene, en realidad, la grandeza correspondiente al hecho memorado, pero no puede ser desatendida por quienes en los símbolos encuentran testimonios perdurables de la gratitud de los pueblos hacia sus guerreros, hacia sus maestros o caudillos, en fin, con relación a sus padres y rectores.

El progreso de la ciudad.

La estación del ferrocarril, no tan excelente en su arquitectura como lo requiere la posición de la ciudad de Cúcuta, es punto a donde convergen producciones naturales o manufacturadas que significan mucho para la vida del Norte de Santander.

La plaza de mercado es mejor y permite, así a visitantes como a pobladores, comprar y vender frutos múltiples, procedentes no sólo de la comarca sino de aquellas comprendidas dentro del territorio venezolano. Las capillas de San Antonio y San Luis, está inspirada en modelos arquitectónicos coloniales, aquélla enteramente moderna en su diseño, contribuyen a la mezcla plausible de elementos atinentes a la vida material y a la moral en los distritos cucuteños.

Singularmente la capilla del Orfanato "Andresen Moller" ha de ser mencionada, para dejar constancia de la gracia de su figura, en primer lugar, y para enaltecer gravemente en segundo término la fundación benéfica a quien sirve el santuario. Instituciones realmente caritativas no pueden funcionar en nuestras ciudades y aldeas, en nuestros montes difíciles y en nuestros valles amplios, mientras no haya sobre todo el país aquella atmósfera natural que conduce a mirar con detenimiento al pobre y con benevolencia diligente al desheredado. Felizmente Colombia es fecunda en corazones misericordiosos, y éstos esparcen por todas partes su generoso movimiento. Decimos estas breves palabras a propósito de este hospicio plausible y bien sostenido, porque fundaciones como esta "Andresen Moller" permiten honrar al propio tiempo al desinteresado espíritu y al pueblo laborioso que recibió sus dones.

Los parques denominados Antonia Santos, de Santander y La Victoria, son tres lugares amablemente mantenidos por los cucuteños para satisfacción de los vecinos y goce de los paseantes. En ellos hay todo el decoro posible, todo el adorno así artificioso como natural propio de sitios de tal naturaleza. Los bronceos y símbolos allí reunidos traducen el sentimiento colectivo hacia el pasado, el fervor hacia lo que fue antes que nosotros y sin lo cual no seríamos lo que somos. La gracia de estas tres plazas se encuentra vinculada a la naturaleza vegetal, más apreciada por los viajeros cuanto de lugares más diversos lleguen a sus umbrales.

La riqueza de las palmeras no puede ser superada con ninguna otra riqueza, ni la gracia de los árboles tradicionales de Cúcuta puede ser sustituida. El suelo es agradecido para los jardineros de mejores cualidades, y se convierte en lugar florecido con el verdor más brillante y la blancura más firme y tersa, allí donde la mano paciente se detiene todos los días. El parque Antonia Santos, así como el de Santander, concretan el buen gusto de Cúcuta y de sus habitantes antiguos. Las generaciones nuevas, que jugaron antaño dentro de su protección, continúan arraigando en aquellos lugares de paz el viejo espíritu nortesantandereano recio, potente y generoso. Ojalá nuevos parques fuesen fundados en lugares cercanos a la ciudad de Cúcuta, pues ellos -además de favorecer a los hijos de ésta- propiciarían inmediatamente la dilatación de su distrito. Ningún dinero sería mejor empleado que este de los donativos en tierras cercanas a la ciudad misma.

La cárcel modelo, el colegio de los Hermanos Cristianos, los teatros Guzmán Berti y Santander, los edificios bancarios -singularmente el edificado por el Banco de la República-son manifestaciones de la solidez ciudadana de los cucuteños. Ya desaparecieron -en su mayor parte- los edificios transitorios y endeble, las casas no adaptables ni cómodas para los fines buscados; ahora hay buena arquitectura en estos dos teatros, el Guzmán Berti y el Santander, en estos bancos esenciales para la vida comercial

del Norte, en estas residencias privadas a donde ha llegado el gusto exquisito acreditado en grandes centros de población de la América frígida o tropical. Los hombres de posibilidades económicas no han sido esquivos con Cúcuta, antes bien la han favorecido con las construcciones públicas o familiares en donde brillan el señorío de las damas y la virtud de sus hogares cristianos.

Sobre la Avenida Central de Cúcuta se halla el Palacio de Gobierno, obra arquitectónica reciente, decorada con discreción y favorecida por un estilo apto en realidad para los fines a que fue destinado. A corta distancia de esta casa de administración y de hacienda se alzan las torres del templo principal, abanicadas siempre por altas palmeras y esmaltadas por la luminosidad del cielo. No podemos detenernos a hablar del interior de este refugio de los espíritus ni tenemos tiempo de relatar los pormenores de su construcción y carácter, pero baste lo dicho para su elogio breve.

En cuanto a la columnata interior del palacio departamental conviene insistir en sus buenas condiciones artísticas, y en el agradable semblante que toman aquellas pilastras bien delineadas en medio del ambiente refrescado por arbustos y yerba temprana. Es de observar que los urbanistas cucuteños no han vacilado en cuanto a la multiplicación de las formas arquitectónicas modernas en la localidad. Así lo demuestran las líneas de los parques de Santander, de Mercedes Ábrego y de Antonia Santos, los muros de la iglesia mayor, los del palacio ya citado, y varios edificios de calidad en donde tienen asiento cómodo las costumbres familiares de las altas clases sociales o las actividades económicas de mayor contenido.

Ciertos patronímicos.

La población de Cúcuta proviene de las antiguas raíces del país y de los elementos nuevos e inmigrantes. Si de un lado los apellidos Fernández y Bermúdez, Sala y Gil, Chacón y Goyeneche, Duarte y Tovar, Guevara y Villalta hacen notar la presencia de los patronímicos españoles más antiguos y, con ellos, la sangre peninsular de hace cuatrocientos años, las formas extranjeras permiten observar la radicación de muchos a quienes este suelo cucuteño brindó facilidades comerciales e industriales de primer orden.

Al lado de los apellidos Guzmán, Bernal y Sandoval se hallan los Spinelti, Facio y Miller; al lado de Silva y Villamediana se oyen los de Corinaldi y Chaustre; en asocio de Arenas, Núñez y Quintana se encuentran entre los patronímicos dichos los de Faccini, Bertola, Marcucci, Morelli y Saterni. Numerosos aspectos del progreso cucuteño y nortesantandereano se ven señalados por la diestra

afanosa de los caballeros de origen extranjero que circulan por estas calles amplias y bien trazadas, por estas plazas y plazoletas hirvientes de ánimo y de velocidad.

Ni puede decirse que solamente la presencia de elementos venezolanos muy diligentes y diestros han influido en la hechura y conformación de la capital del Norte de Santander. Los fundadores de familias como Berti, Lazcano, Flamerich, Barberi, Marciales, Dini y Puccini tuvieron grande acierto al establecerse en estas comarcas abiertas al progreso del siglo presente, a las inquietudes comerciales de estos años de agitación vigorosa.

Son frecuentes también los patronímicos Vitar, Serjal, Giusti, Muller, Saleme, Turbay, Angola, Copello, Manachino, Meoz, Fossi, Witzelner, Andressen, Azón, Duplat, Ruán, Good, júrgensen, Sagayo, Reinerio, Arapé, joves, Prato, Salvino, Tamí, Ghitelman, Abbo, Feener, Abrajím, More, Larsen y Drolet. Pero -lo repetimos por esencial-, ésta saludable contribución externa se halla unida a las tradiciones propias de quienes proceden de la vieja fundación española con los apellidos Contreras, Téllez, Osorio, Colmenares, Matamoros, Ordóñez, Pacheco, Salazar, Delgado, Villamizar, Ramos, Acevedo, Gamboa, Páez, amaña, Mutis, Caicedo, Gaitán, Vásquez y Acuña.

Concluamos estas anotaciones acerca de la geografía del Norte de Santander y de la ciudad de Cúcuta, su capital. Hemos puesto como base para estas lecciones de geografía colombiana la reflexión acerca de sus valores físicos y humanos, pues el medio rodea al habitante y éste modifica en algunos sentidos su ambiente. Del nortesantandereano conviene repetir lo dicho inicialmente al dar comienzo a estas líneas cuyo adorno único es el amor al país: es paciente en el trabajo, silencioso en la faena que le embarga las horas todas de su vivir, tan hospitalario como lo tenemos conocido y probado, tan dispuesto al progreso como lo dicen las ciudades y aldeas de estas vertientes de la cordillera oriental en donde está impresa la huella de los fundadores de la civilización y de la república.

